



LA CRUZADA CONTRA
EL BESO

Juanjo Ávila García

LA CRUZADA CONTRA
EL BESO



Primera edición: septiembre de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juanjo Ávila García

© Imagen de portada: María del Carmen García González

ISBN: 978-84-18828-68-3

ISBN digital: 978-84-18828-69-0

Depósito legal: M-24576-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi hermano Patxi,
secretario sin secretos*

Cuando el estar solo no tiene ya sentido y,
de pronto, se vuelve improductivo, debe cesar,
he pensado una y otra vez, pero no he podido
poner fin a mi estar solo ni dejar de estar solo.

THOMAS BERNHARD

Sí

I

No hubo remedio: me convertí en uno de ellos; Gálvez era otro. Mientras no pude leer en sus bancos me hice miembro de una tribu cuyos pasos extenuan el parque García Lorca. Me refiero a una casta de componentes del sexo masculino, cuarentones como yo y cincuentones, que durante horas y horas agotan los senderos del parque ambulando sin norte, absortos en el camino de los álamos como en un futuro recordado, abismados en el lago, inauditamente melancólicos, desaliñados y poco agraciados. Solitarios de raza blanca y sin trabajo, desesperados que en los rectángulos de las avenidas estiran sus mentes sinuosas, enderezan en los parterres los meandros de sus retorcimientos y alinean sus espirales obsesivas en las rectas de grava. Confunden sus grises presencias entre el colorido de las rosas y el fulgor de las lilas. Apenas se sientan unos minutos para sin pérdida de tiempo reemprender su deriva de judío errante, sus intrincados itinerarios por el laberinto de seto, los derroteros con que desfogan la tristeza, alivian sus ansiedades y contienen sus crisis a través de los paseos cuadrículados.

Hasta entonces ya me llamaban la atención, distrayéndome de la lectura, y por peculiares hasta llegué a planteármelos como protagonistas de alguno de mis escritos. Los observaba con curiosidad, sobre todo a uno de ellos, como los otros sin mascarilla, con el cepillo del bigote canoso agitándose en la tez bronceada y las cejas enhiestas sobre los ojos de mar ceniciento, Gálvez, pero también con incomodidad, como si en el fondo supiera que me convertiría en uno de ellos. Me admiraban la impaciencia de este

último, tan feroz que era una forma de la paciencia, la resistencia de su paso encorvado, su orgullosa tristeza y su soledad irremisible, manifestada por el vacío de la mirada, por la distensión de un rostro que parecía tatuado de abandono. Al pasar a la altura de mi banco, decrecían sus pasos en la grava, su sombra me alzaba de la página, y nuestras miradas se conectaban en un relámpago de reconocimiento, la suya empañada de nostalgia, a punto de dirigirme la palabra.

Dos de ellos, un barbudo enclenque y otro fornido con pantalones cortos de camuflaje, no se sentaban nunca, aunque a veces parecían a punto de hacerlo, se orientaban rumbo a algún banco y, cuando parecía que tras horas de caminata su cuerpo al fin iba a vencerse, se desviaban en el último instante, dejaban atrás el banco y proseguían su marcha como si no pudieran parar, condenados a no descansar jamás, víctimas de la maldición del eterno movimiento. Tal vez la culpa les impedía el reposo o evitaban una molición propicia a la recaída en sus faltas. En ocasiones se detenían unos momentos, sobre todo el del bigote, sin motivo aparente, en medio del camino, los brazos en jarra o colgando inertes a los costados, las manos abiertas al vacío, mirando a un punto indeterminado del paisaje. Pero empecé a entenderlos, a ser solidario de su inquietud, cómplice de su desasosiego; acabé, ya digo, por convertirme en uno de ellos. Había incubado el huevo de una alimaña que acabó por descascararlo, empezó a devorarme las entrañas y solo podía apaciguarla agotándola con largos paseos.

El del bigote permanecía atento a mi presencia en el banco, sin duda ávido de infligirme su historia —soy el típico proclive a recibir todo tipo de confesiones—, lo cual, pese a mi curiosidad por conocerla, no dejaba de incomodarme, ya detectaba en mí las condiciones de un semejante. Temía y deseaba yo conocer su vida, qué lo había condenado al desastre, de qué o quién se escondía, qué intentaba olvidar bajo el peso de sus pasos. Sí, escucharlo sería ceder a un vicio destructivo. La última vez me dirigió una mirada anhelante, de reconocimiento, una mirada acogedora, de compa-

ñero o hermano. Supe que estaba a punto de dirigirme la palabra o cuando menos saludarme. Así lo hizo, imperceptiblemente, desde la comisura de los labios, me susurró «hola», le devolví el saludo y, por suerte, por desgracia, pasó de largo.

Al día siguiente me dirigí una vez más al parque, provisto de un libro y la botella de agua, dispuesto a consumir tres horas de canícula, de cuatro a siete, leyendo a la sombra de los pinos. Sin que el calor me arredrara, en el corto camino al parque me animaban la expectación de la lectura, la promesa de sus hallazgos. Me disponía a releer *La náusea*, de Sartre. En la fragua de la tarde, ralos transeúntes pululaban como herreros extenuados. El abrazo del cielo sofocaba Granada. Significando mi soledad, tan hiriente para los allegados, mi sombra cortaba la acera con su navaja. El silencio estaba al rojo. Temblaban espejismos de autos.

Un dogo negro y un dóberman se habían trabado en una ferroz disputa que los dueños no lograban refrenar, sus órdenes eran acalladas por los rugidos, los perros se soltaron y continuaron enzarzados en aquella lucha primordial a última sangre. Tuve que dar un rodeo. En la esquina una joven pareja de camisetas blancas desvinculó su abrazo a la llegada de dos agentes de policía, que se aprestaron a tomarles los datos; aquello me sorprendió.

El sol llameaba en tal conflagración que de lejos me pareció que el parque ardía, que fuliginosas lenguas devoraban los olmos y los álamos, los cipreses y los magnolios. El ardor del aire parecía atizar el fuego. Olía a chamuscado, a goma quemada. Envenenaban el aire capas de humo y aleteaban pavesas procedentes de los incendios, por desgracia reales, del extrarradio. Prendidos por una epidemia de pirómanos y propagados por la sequedad y el viento, permanecían incontrolados y ya habían causado desplazados.

Desplegué el papel de periódico en el asiento y me aposenté en mi sombra habitual, proyectada por el último de los pinos que se extienden a la entrada del parque, del lado del laberinto. Se acercaba una pareja de mediana edad, disputando. Ante el ademán despectivo de él, calvo, ella manoteaba sin dejar de protestar y volvió

hacia mí su mirada extraviada como buscando apoyo. Él se quejó de su persistencia en algo y ella rio sarcástica; el eco de sus voces tardó en apagarse por el laberinto.

Abro el libro y leo la primera frase. Me invaden las polillas de cierta inquietud, un prurito de movimiento, descruzo la pierna izquierda sobre la derecha y cruzo la derecha sobre la izquierda. A la segunda frase los nervios me bullen como larvas, rompo a sudar. Vuelvo a cambiar de posición tres, cuatro, hasta cinco veces. Cubriéndome, el desconcierto me hace impermeable a lo poco que leo, me siento a la turca y vuelvo a intentar concentrarme. Pasa una sombra jadeante. Antes de concluir la tercera frase he de volver a la postura inicial, y al acabarla me propulso hacia el sendero. Estoy a punto de colisionar con un corredor de camiseta negra. No puedo permanecer sentado. He perdido el don de la inmovilidad, el don y la bendición de la inmovilidad, ninguna postura me es factible, el desasosiego me obliga a cambiar de continuo de posición. Me ensordece mi propio pulso. Camino arriba y abajo, de la papelera al seto, sin apenas alejarme, del seto a la papelera. El libro y la botella, abandonados en el banco, parecen de un fantasma. Yo, que podía distraer tres o cuatro horas sin inmutarme en aquel banco, hasta que abría la cafetería y me trasladaba a la terraza, donde entretenía otra hora, ahora soy incapaz de consumir aquí más de diez minutos.

Me obligo a sentarme de nuevo. Antes de hacerlo dejo pasar al barbudo escuchimizado, uno de los adictos al parque, lleva una camiseta oscura y unos desastrados vaqueros del mismo tono; su paso rápido y airoso adopta un aire ufano, acaso burlón. Retomo la lectura de la tercera frase. No soy capaz de concluirla sin descruzar las piernas y cruzarlas del otro lado. Vuelve a enmarañármeme la mente, no puedo leer el siguiente párrafo. Oprimo con tal vigor el libro que me tiembla en la mano. Acometo, de nuevo, el pasaje. Con sus dentelladas, la incomodidad, la inquietud, me lo prohíben. Ahora pasa el fortachón de los pantalones cortos de camuflaje, con el torso desnudo, fija la mirada, la zancada enérgica. Vuelvo a in-

tentarlo, me doy por vencido. El cielo se estría en las llagas de una espalda azotada. No dejo de adoptar posturas que se devalúan al instante, cada posición es precaria. Estoy hundido en el pantano de la impotencia, bajo el peso de un encono contra el mundo y contra mí mismo. A una ráfaga de viento, la luz se esmerila. Envidio a los mimos y a las estatuas, a los muñecos y a las figuras de cera, a los espantapájaros. Víctima del azogue, ejecuto una variante de la danza de la muerte, una tarantela fúnebre. Tiran y tironean de mis miembros como de los hilos de una marioneta.

Pasó entonces una morena de una belleza atroz, marfileña, de hipnóticos ojos como rosas negras, aquilina y de labios llenos, vestida de seda enlutada, parecía una sensual viuda. A mi altura, las garras de su mirada me desgarraron la mía, se detuvo, se sostuvo los cántaros de los pechos, ostentándolos, una sonrisa le hirió el rostro y prosiguió su camino, dejando una estela de almizcle. Me quedé prendido a su sonrisa, había sido un rayo de luna purpúrea, un puñal ensangrentado, una cicatriz amada.

Un susurro en la grava me anunció la llegada del bigotudo. Venía ataviado de pantalones *beige* y de un polo azul marino. Ralentizó el paso. Oblicuos, sus ojos me miraban inquisitivos, relucía el sudor en su cara encarnada y el bigote encanecido se frunció con astucia. Me acometió una sensación de peligro, volví a tener la impresión de que el parque estaba en llamas, las rosas ardían, a lo que contribuyeron el humo y el viento de cenizas procedentes de los incendios reales. Me intrigaba su historia y a un tiempo temía que me la infligiera como una ofensa. Se detuvo. Igual que de una cadena tiraba de la mía su mirada, preñada de misterio. Los ojos, habitualmente soñolientos bajo los párpados pesados, le brillaban. Relámpagos amarillos estallaban en sus pupilas. En la tez se le expansionaba una expresión de familiaridad. Masculló un sordo saludo. Se lo devolví y, viéndome el libro cerrado, me preguntó si aquella tarde no leía. Me levanté.

—No, no puedo —le respondí. Me dijo que sería por el calor, estaríamos batiendo récords de temperatura. Confirmé que aque-

llo, en combinación con los incendios, parecía un ensayo general para el infierno. Añadí que sería una acción conjunta de pirómanos. Dijo que se trataba de enfermos y su locura, contagiosa. Y otras veces también subyacían intereses económicos.

Conforme hablaba, la mirada se le fue azuleando. Solitario, lucía unos ojos encharcados, de llovizna, pero ahora, mientras seguía distinguiendo entre pirómanos e incendiarios, adoptaban un tono de azul cobalto con reflejos de miel. Hablaba sin pasión, con la facilidad de quien posee don de gentes, con la desenvoltura y la despreocupación del que no se ve atañido por el tema. Nos presentamos.

—Soy Gálvez —me dijo.

—Y yo Pablo —por supuesto sin darnos la mano. Su compañía logró horadar la niebla de disgusto, una niebla de párpados cerrados que, al no poder leer, encostrándoseme en la piel, me velaba los sentidos, me confundía y como una crisálida me había cubierto. A su lado aquellos párpados de niebla se abrieron.

Mis siguientes palabras desencadenaron aquello que temía y deseaba. Le dije que con aquel calor sería preferible no caminar y quedarse a la sombra.

—¿Y quién puede quedarse quieto? —me preguntó, pulsando el acorde de la verdad, ahora con el tono encendido—. Venimos aquí porque no podemos parar en ningún sitio —siguió con la vista los pasos del canijo barbudo, que procedente de uno de los caminos perpendiculares desembocó en la avenida y cojeando imperceptiblemente se encaminó hacia los macizos de claveles—. No podemos detenernos, necesitamos desfogarnos —continuó. Y para ilustrar sus palabras echó a andar a pasos breves y pausados, y lo seguí con la sensación de que nos conducía una cinta transportadora—. Caminamos sin cesar para olvidar, para huir de nosotros mismos —me dijo—, venimos para no beber, no fumar, no pincharnos o no jugar. Así son las cosas. Al menos hasta que abra la cafetería, aquí no hay nada de eso, en el parque todo es puro y limpio como un espejo —siguió la confesión de un solitario, de

alguien saturado de su verdad—: Yo vengo para no beber, y eso que aquí tengo la tentación del bar —miró entre los castaños de indias en su dirección—, el alcohol está en todas partes, pero aquí me contengo, me desfondo caminando sin descanso para mantenerme lejos de la botella —se expresaba con aliño, era alguien cultivado—. Todos los días a las cuatro tomo café en la cafetería Arabial —continuó—, y me vengo a aburrir la sed hasta las ocho. La agoto conmigo mismo. Pero el *whisky* solo fue la consecuencia de algo peor.

Pasó a nuestro lado un furibundo joven, tachonado de anillas, desharrapado y seguido por un pastor alemán, que me miró, amenazante, y dejó un rastro fétido. Acababa de conocer a Gálvez y ya desnudaba sus últimos motivos, estaba tan solo que la verdad lo desbordaba y tenía que verterla como el alcohol que bebía. Era un amante que, desesperado, precipita su declaración. O un asesino que confiesa antes del hallazgo del cadáver.

—El *whisky* vino por una adolescente, Ángela —reconoció y gesticuló con las manos, como a palomas las liberó por primera vez, hasta entonces era como si no hubiera tenido manos y ahora aleteó con ellas, anchas y alargadas, en un movimiento que pudo pasar por disculpa—. Aquella chica fue mi ruina; su belleza, mi perdición. Yo era normal, supongo, aunque con mis rarezas, como todo el mundo. Estoy casado, por así decirlo, sin hijos, y trabajaba como profesor de literatura en un colegio concertado del que soy antiguo alumno. Una de mis peculiaridades es la afición a la poesía, los otros profesores me llamaban poeta, con cariño o desprecio, según quien. Los malintencionados me trataban de pedante, de cursi, y se encargaron de que lo supiera; cuánto habrán disfrutado este invierno a mi costa. Y sin yo quererlo aquella alumna me cambió —Gálvez volvió a lanzar las manos al vuelo. Entonces me pareció que iba armado, que se paseaba conmigo con un arma en el bolsillo, debía ser una navaja; aunque tranquilo, tal era la sensación de peligro y de luminoso frío que, incluso con aquel calor, irradiaba—. Fue en enero —recordó—, aunque empezó antes, claro. Me

fijé en Ángela, sí, me obsesioné con su belleza, con la hermosura de esa chavala de quince años —me dijo, y en la rotonda borboteó la fuente, hasta entonces seca, el agua floreció en un surtidor, al trasluz se irisó y su rumor llenó el silencio soleado.

»Empecé a fantasear —continuó—, estábamos en clase, la sacaba a la pizarra y me preguntaba cómo sería recibir la lluvia nocturna de su pelo, hundirse en los lagos al crepúsculo de sus ojos. A todas horas escribía poemas sobre ella, imagínate.

Comprendí que Gálvez había parafraseado algunos versos para hacerse entender mejor. Me fijé en que mientras me hablaba de ella se le habían agrandado los ojos, ya parecían dos enormes topacios en llamas, era como si gastara gafas.

—Nunca me había pasado nada parecido con otras alumnas —prosiguió—, tampoco a ella la deseaba exactamente, me mantenía en un plano abstracto, no era que quisiera acostarme con ella, ni mucho menos, todo se reducía a una especie de ensoñación, me conformaba con contemplarla, necesitaba aprehender el poema de su belleza. Tú que lees podrás entenderme. Era muy feliz y muy infeliz sumido en aquel misterio. Pero todo se quedaba en pura admiración. La miraba como a un cuadro precioso. Nadie es culpable de eso. Pensaba mucho en ella, era como ver una película muy bella, escuchar una melodía nostálgica. Como mucho a veces soñaba con esperarla cinco o seis años, hasta que cumpliera los veinte, la esperaría en lo que imaginaba una plaza desierta, pero entretanto yo no envejecería, incluso rejuvenecería vertiginosamente pensando en ella, y cuando apareciera por una puerta de la plaza nos fundiríamos en un abrazo a nuestros veinte años, pero lo más imposible de todo era que a esa edad yo no habría comprendido su belleza. Eso también lo describí en un poema —a Gálvez se le habían vidriado los ojos.

»Ángela lo advirtió —me dijo con voz ronca—. A la salida de clase una tarde me sonrió, nunca debió sonreírme de aquel modo, con la mirada me atrajo y me hizo seguirla hasta una clase vacía, entramos los dos solos, sin palabras empezó a desnudarse, a des-

nudarse para mí, y mientras se bajaba la falda nos sorprendieron otros alumnos. No habría llegado a tocarla, aunque no nos hubieran interrumpido no me habría acercado a ella, te lo juro, para mí solo era un ideal, un ideal de belleza, pero eso no impidió que estallara el escándalo. Aunque no había pasado nada, nadie quiso escucharme. Me despidieron de inmediato, sin darme la oportunidad de defenderme. Desde entonces no levanto cabeza. Empecé a beber en el confinamiento porque no aguantaba la realidad, la mía era tan horrible como la del virus.

El calor ralentizaba nuestros pasos, imponía a nuestros gestos una carga de inexpresividad.

—Mi mujer tampoco me comprende —lamentó—. Es norteamericana. Se dedica a pintar, ahora tiene éxito. Estaba de viaje, como casi siempre, en una de sus exposiciones, cuando todo explotó. Ahora quiere comprar un piso aquí en Granada. A todo esto, ¿qué hora es?

Le respondí que las cinco y cuarto. A las cinco y media había quedado con ella para visitar un piso en venta en el barrio Fígaras. Yo le dije que García, el dueño de la cafetería del parque, tenía a la venta uno en la calle Alhamar, y era además corredor de fincas en su tiempo libre; podría ofrecerles otros inmuebles en cartera. Quedamos en vernos al día siguiente a las siete y media, ya abierta la cafetería. Me dijo que tal vez aquel piso podría interesarles y se despidió. Al poco, también yo me fui.

En la luz se extendía el calor como una manta en el lecho de un enfermo sofocado. Aún transitaban escasos peatones, no tardé en advertir que me seguía aquella morena, la viuda libidínosa. Mi paso es siempre ansioso, atropellado; ella se adelantaba impetuosa y veloz, los pechos enhiestos, en pos de su deseo, adecuando al mío el ritmo de sus tacones puntiagudos.

Crucé el Camino de Ronda en rojo, esperando despistarla. Me costaba renunciar a ella, pero me negaba a aceptar su compañía, a gozar de su cuerpo, ofrecido de modo manifiesto; aquella incitante belleza que tanto me hubiera gustado disfrutar tenía algo pavoroso

que me impulsaba a huir de ella. No se trataba solo del miedo a ser contagiado de covid-19.

En la esquina de Emperatriz Eugenia, mi calle, me volví: no la había perdido, se relamió los labios lascivos, convulsa. Al entrar en el portal me aseguré de que la puerta se cerrara. Esperaba el ascensor la vecina de al lado, Augusta, una cincuentona teñida de rubio platino que regentaba una empresa de limpieza. Parlanchina y metomentodo, me advirtió desde su imponente altura que traía mala cara. Y mirándome la camisa arrugada me instó a no abandonarme. Ella no penetró la niebla de mi malestar. Sin embargo, y a pesar de mis estrecheces económicas, acepté que me enviara, una vez por semana, a alguna de sus hacendosas pupilas para que me planchara, entre otros menesteres. Aunque desde el confinamiento no había permitido que nadie entrara en casa, su dudosa limpieza constituía, quizás, mayor peligro que la irrupción de una extraña. Al fin subió la vecina, quedé a la espera del regreso del angosto ascensor.

Después de una cena ligera, escuché un retazo de sinfonía de Hans Rott —el músico con manía persecutoria—, en pie, de aquí para allá, no me atreví a sentarme debido a mi psicosis de movimiento; tras mi fiasco con Sartre no osé dedicarme a nada más activo. Antes de retirarme, me asomé y cuando a la luz de una farola reconocí a la morena, allí aguardando, bella y misteriosa, como una prostituta en su esquina a la espera de un cliente exclusivo que no era sino yo, me estremecí de deseo. Sonrió, estuve casi seguro de que a mí. Pasar la noche con ella me absolvería de mis penas. Pero me conformé con tomar la dosis del ansiolítico Alprazolam prescrita por el psiquiatra. Incómodo, volví y revolví las sábanas hasta que una piedra atada al cuello pareció sumergirme en el sueño. Siempre puedo hundirme un poco más.